


PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Sobre la división panista Ante la asamblea capitalina

El próximo domingo se realizará el tercer intento para efectuar la asamblea regional del Partido Acción Nacional en la ciudad de México. El objeto de la reunión es nombrar consejeros, que a su vez designarán a los miembros del comité capitalino de la segunda fuerza de oposición. El acto dista de ser meramente ritual, y por las complicaciones en que se ha visto envuelto, y por la situación interna actual de ese partido, adquiere importancia peculiar, decisiva del rumbo de esa agrupación. ■ 4

PLAZA PUBLICA

Viene de la 1

Dos veces antes se frustró la dicha asamblea. En la primera ocasión sí se efectuó, pero en aplicación de los estatutos el comité nacional ordenó su reposición, a la vista de las irregularidades observadas. La segunda vez ni siquiera pudo llevarse a cabo, porque no se completó el quórum, y porque se produjo un clima de desazón y confusión, por entero diverso del que ha solido imperar en las reuniones panistas. Por ello se dispuso que el 5 de agosto se intentará de nuevo integrar el consejo regional. Este a su vez deberá designar al presidente del PAN en el Distrito Federal.

Han manifestado que contienden por ese cargo José Angel Conchello y Cecilia Romero. Se trata de personajes de peso diverso. El primero ha sido presidente nacional del partido, candidato a gober-

nador de Nuevo León, varias veces diputado y en la actualidad es asambleísta. La segunda ha sido legisladora, sólo. Pero es la carta fuerte de la corriente adicta al jefe nacional panista Luis H. Alvarez en el Distrito Federal, mientras que Conchello figura, con Jesús González Schmal, a la cabeza del Foro Doctrinario y Democrático, piedra en el zapato del alvarismo, y que ha sido una tendencia persistente y pugnaz dentro del partido fundado por don Manuel Gómez Morín.

En las actuales circunstancias, la rivalidad entre Conchello y sus antagonistas, encarnados en la señora Romero, se inscribe en el vasto cuadro de los desacuerdos panistas, que tuvieron su principal manifestación en la votación dividida de sus diputados en torno del Código Federal Electoral. Como se recuerda, unos diez diputados blanquiazules, del cente-

nar que son, decidieron abstenerse o no asistir a la sesión en que fue aprobado en lo general el Código, y dejaron que los 90 restantes votaran en sentidos divergentes: poco más de 60 adoptaron la actitud alvarista de apoyar la negociación con el PRI, entendiendo que de ese modo ayudan al avance democrático, mientras que dos docenas vieron en ello una complicidad inadmisibile y sufragaron por la negativa.

Aunque la situación general no se aplica con puntualidad a la militancia de la ciudad de México, es claro que no dejará de repercutir en ella. A los alvaristas les importa sobremanera dismantelar el foco conchellista que son los cuadros panistas en el Distrito Federal, aunque de ello se desprenda el riesgo de un debilitamiento del partido en la gran aglomeración urbana. En efecto, si se recuerda

que el PRI fue derrotado en las elecciones federales de 1988, y que la fuerza de entonces Frente Democrático Nacional ahora actuará fraccionada en varios partidos, se puede colegir fácilmente que la primera presencia electora capitalina, en los comicios de 1991, podría fácilmente ser la del PAN.

Tal vez una consideración sobre este punto contribuya a paliar, de última hora, las animosidades en la asamblea panista. No escapará a la aguzada experiencia electoral de los militantes de ese partido la posibilidad de que sus naturales diferencias sean auspiciadas por diversos medios desde fuera, para poner al partido en una condición endeble. No es preciso incurrir en la paranoia para imaginar que si un interés ajeno al PAN se beneficia con su división, puede tener también capacidad para alentarla.

Viernes 3 agosto/90